SIN TITULO

POR

GREGORIO BONMATI

He actuado. Esto es importante.

Son miles, millones de ojos, millones de bocas. Se preparan. Se sitúan en grupos; nacen en grupos; ¿nacen? En cualquier esquina están presentes. Ando un trecho y el parto resurge. Así, pues, están dispuestos. Los ojos de leche arrebatan mi figura. Debo cortar los rayos de luz. Sólo las piedras blancas se mueven en los rostros. Ignoro si respiran. ¡Hilos de luz! Millones de puntos en los que vago cerradamente fuera de mí. Se entrelazan, se retuercen.

¿Cuándo llegará el momento crítico?

Una tapia; me agacho. Ahora deben estar taladrando el yeso. Tal vez no sea ésta la manera. Siento la intensidad de un baño denso. No quiero volverme. Agazapado, veo de improviso mi sombra rodeada de sombras que se proyectan en la pared. Tiembla mi estómago umbrío; tiemblan las piernas, la espalda. Los pelos muertos en el cráneo huyen de mí para petrificarse en la retaguardia de retinas.

¿Qué hago, pues? ¿Escarbo en la pared mi ocultación? Probablemente voy a ser rechazado, y el prolegómeno gira a mi alrededor.

Me levanto. ¿Por qué no hablan? No distingo su expresión. Pero, ¿existen, existen ahí frente a mí? Es preciso probar hasta el fin. Tal vez corran si voy hacia ellos. ¿Me deglutirán acaso en una comunión sangrienta?

Ser asequible a sus estómagos; ser transformado... ¿en qué?

Bien, iré despacio hasta que sus facciones rocen mi mirada. Cuerpo de un cuerpo biliar, entre las hiedras, los musgos, las piernas de cedro. Ser lanzado por los caminos del lago con el largo cuello curvo. Cetros de escarcha acompañan mi camino junto a las calzadas y los desagües; junto a las casas, las tiendas, las ramas de cristal; cerca del humo denso del motor de los trasiegos, de las manos de paja; cerca de las esquinas, sin reposo.

Iré despacio hasta sus mismas grietas; despacio, sin arrastrar los pies; despacio, para escuchar de algún modo su corazón.

Necesito un ritmo; que los tacones golpeen las losas y suban por las paredes envueltos en sonido; un ritmo cordial que penetre en sus cuerpos y gima en sus pulmones. Sí, la tentativa de un nervio expandido

en el aire. Son mis pasos espirales, únicos, lacerados los que cubren el aire con desconocida puntuación. Pasos que surgen de mí, mis propios pasos, evaden al tiempo su génesis.

Allí están, frente a la fachada, y sus rostros comienzan a linearse. En efecto, tienen la expresión atónita; sin embargo, esto no es absoluto. Aquél me mira con ira. ¿Y esa mujer? ¿Por qué su rostro no está embarazado? Fisuras en el cadáver del viejo. ¡Qué desolada mueca! Ahora percibo su temblor; los dientes rezuman chasquidos. ¡Vientres de la tierra, jóvenes también! Niños con la piel escurrida. No, esos ojos hambrientos se asoman a mi imagen con estupor. ¿Qué saben del inepto crimen que emerge de la tierra?

Me detengo. Estoy muy cerca y el fragor del ritmo se ha sepultado. Veo barrigas, senos, cuellos que sostienen las cabezas. Veo bolas en las gargantas. Un matiz ritual me cerca. Tan sólo unos pasos y podré acariciarles. La sensación de una suprema osadía me embarga.

¿A cuál iré? ¿No es lo mismo?

Me muevo y en el pecho engendro espasmos. Alargo la mano al rostro enjuto. En principio, nada. La ingle de un contacto se extiende ahora entre sus labios, se transmite en la correa de efigies. Hay discordancia en nuestras miradas.

¿Qué es lo que persigo? Bien; he lanzado un deseo y se revuelca hacia mí en un retorno brusco.

¡Qué extraña unidad surge entre ellos! La unidad de un mismo molusco; pero no es cierto; no puedo admitirlo. ¿Dónde está la cabeza? ¿Tendré que pensar en un alcalde, en un grupo, en una predominancia? ¡Tan ingenuo! Ellos también están en el escondite de esta presencia. ¿Acaso se trata del abrazo ceñido de las construcciones humanas?Lo instituido, ¿no es éste el pretexto?

La percepción me envuelve, me coge de sorpresa. Siento en sus rostros una llamada.

¿Cómo extender a los sistemas el furor indiviso y múltiple que noto sobre mí? ¿Acaso esto tiene orígenes precedentes a ellos mismos?

Noto la posición predominante. Mi vista capta de improviso el relieve que posterga los contactos de intermedios. Paralelas las antenas de los techos, paralelos techo y losas, alturas paralelas, pisos con la promesa de un infinito donde confluir. (Nubes disformes se entrelazan en las postrimerías, la tierra emerge arrugada en el solar.) Paralelos setos, aceras paralelas, simétricos anuncios sin contacto. (El remolino de los árboles, la contracción densa del calor que refracta el asfalto, las brazadas de aire pompudas, osmóticas.) Efigies paralelas, los rostros imantan al aire paralelas sensaciones. ¡Ya está! Se buscan, se miran. Se miran, se encuentran.

¡No! He sido engañado. Tan sólo se trata de una superposición; han fabricado un infinito. ¿Pesaré, por tanto, en la desconexión, el sentimiento desolador de su inalienable exclusividad ante un mundo que les introduce en el fracaso de la propia osadía de su naturaleza? ¿No es ese infinito la necesidad quebrada de no recordarse nunca? ¿Y no está aquí, entre esto, avergonzado, ese infinito? Ahí está, en sus miradas, en sus labios, en sus manos sin contacto, el germen de esa unión que percibo y que, ahora, envuelve mi sentimiento.

¿Pensaré esto, en fin? Voy a ser rechazado, por tanto.

Vienen. Agacho la cabeza. No quiero verlos. El movimiento de una cosa impulsada; me cuesta aceptarlo. Algo resurge, algo me ronda. Me siento cercano. Tal vez sea inútil explicarlo; encontrarse de pronto ante un hecho en el que mi único instante de plenitud me resulta irreconocible. ¿A dónde, pues, he llegado a relegarme?

Cercano verdaderamente. Es suficiente; esto implica, sin duda, la separación. Sólo es preciso rasgarse; pero, en definitiva, esto no supone sino el precio de uno mismo; después ya no será posible superponer.

Sí, presiento que tengo que surgirme necesariamente en un «después».

Pero, ¿qué es esto? En mi pecho siento la intensidad de la expansión. Me embarga un efluvio de universo. ¡No, debo detenerlo todo! Presiento el peligro que acosa al mito; lenguas sesgadas, interminables lenguas de sibilo movimiento; la coraza de un lenguaje asmático. Y, desde fuera, el mítico, cogido por el silencio, descubre, sin poder comunicarse, su propia vergüenza; un infinito que no podrá mirar atrás, ajeno a su propia función; la pregunta secreta de un «porqué» perdido de antemano, ante un rincón de tierra donde caer; el futuro como un extraño.

Observo sus pasos que se dirigen a mí. Iré a la ojiva del templo, iré..., iré... Es preciso que hable.

¿Es esto un intento postrero? ¡Qué estéril! Todo parece indicar que voy a ser rechazado.

Siento que camino, que braceo, que me inquieto. Veo, en las aceras, hileras que marchan en mi dirección. Al menos sé que no pretenden prensarme. Algunos, de vez en vez, se sitúan frente a mí, pero al cabo se apartan.

Quiero pensar que estos hombres, que cierran sus brazos, esperan en su casa la mirada de otro, que, en cierto modo, sienten sobre sí la amargura de tener que ignorarse.

En la plaza me conmueve el fragor de pasos. Me doy cuenta de que debo darme prisa; los instantes están adheridos a mi acción; cuento, pues, con mi tiempo frente al suyo. Atravieso la plaza y entro en el templo. No veo al sacerdote. Nada supongo. El silencio se me introduce y un vacío cubre mis sentidos, mis nervios, mis impulsos. Lucecillas

fúnebres me rodean. Las imágenes de los santos fijan de nuevo mi mente en ellos. Sospecho las piernas quietas, los rostros atentos al portón del templo; imagino en sus ojos una ola extensiva de sobresalto, la pátina de un deber roído por el uso.

Me doy cuenta de que estoy utilizando su templo y un látigo de desazón me cruza. Subiré a la ojiva del campanario... ¿O esperaré tal vez? La consciencia de que trato de ocultarme me insidia. ¡Tan similar a ellos ahora! Y entonces, ¿por qué apurar una situación incierta? Ellos ya se han destinado. ¿No han renunciado a ellos mismos?... ¿Esperaré, pues? Quién soy yo sino un cetro desnudo.

Todo esto me atañe y, sin embargo, creo que no importa demasiado; que, en definitiva, podría estar ahora entre ellos con los ojos atentos a un templo y el instinto dispuesto para ajusticiar a un sacrílego.

Losas abiertas a mis pies, hirsutas líneas hacia la cúpula, el portón que me protege. Si es cierto que no hay derrumbamientos totales —excluido uno sólo—, ¿por qué adormecerse cuando no estamos dispuestos a suicidarnos? Se trata, en verdad, de un renunciamiento, y siento en él toda una estética dormida sobre alambres. La cúpula, sobre mí, inmensamente fría, ¿no es una irrisoria pedantería?

Una intuición me roza la mente; quiero sentir el eco del templo. Soy consciente de que pretendo olvidarme en la belleza de una situación interesante: mi soledad en un vacío estancado entre muros. Pero, en todo caso, no está aquí mi soledad, sino fuera, detrás de ese portón.

Me avergüenzo demasiado deprisa. Mis manos crispan los muslos.

¡No!, si nada importa hasta las heces, ¿por qué huir en un renunciamiento? ¿Por qué torcerme en las divagaciones alámbricas de un todo ilusorio, con la esperanza, en rigor, de volver a encontrarme? Pero, ¿cómo? ¿Infectado de ese mismo todo?

Pienso ahora, entre marasmos, en la pobreza de una plenitud impotente de evitar que desde mí mismo la contemple; pienso que esta ansia universal puede ser, tan sólo, el deseo de establecer mi propio absolutismo.

No, tampoco puedo deformarme. Siento la necesidad, fuera de toda retrospectiva, de existir más allá de las cárceles, y esto emerge en mí sin resquicios previstos. Ahora sí, comprendo que lo universal no puede ser un propósito, sino un advenimiento en el que es preciso que todo vibre por sí mismo.

¿Qué pasa? Oigo un sonido que atraviesa el atrio, que tiembla entre las bóvedas; un sonido humano que me fustiga los tímpanos. ¡Al fin! Su sonido. ¡Quiero escucharme en sus voces antes del último intento, antes de que tenga en mis manos el suceso!

Subo por la escalera del campanario. Noto la rapidez de mi ascenso

en la respiración. Cerca de mí veo la ojiva, abierta al aire. En el contramuro me detengo un momento, antes de ofrecerme de nuevo a sus miradas. El sonido llega hasta mí claro y, sin embargo, ininteligible.

¿Qué voy a hacer? ¿Redimir? ¿Por qué me asalta esta ridícula idea? Voy a hablar, aun a sabiendas de que mi auditorio ha decidido ya. Bien, soy yo quien siente la necesidad de expresarse.

Una congoja me sube a la garganta. Los pensamientos se agolpan ahora con intensidad; noto palpitar las venas alrededor del cerebro. Tengo tanto miedo que decido consumar la situación. Me asomo. Los percibo.

Voy a ser rechazado.

El grito de un sigilo decreciente me vibra en los oídos. Siento la sensación de un hueco sorprendido; se han callado otra vez, pero ya he oído su voz.

Un obelisco en medio de la plaza sume ahora mi mirada. He pasado frente a él muchas veces. Nada representa verdaderamente. Un trozo de piedra esculpido en pínula, que ahora sirve de apoyatura a los cuerpos proyectados hacia mí.

Esperan. Lo saben.

Hay en el obelisco una inscripción que he leído a veces sin mayor atención y que se me reproduce, no obstante, con claridad: «A la Flor de Mayo». No tiene relación con el suceso. Pero está ahí; nada impide que se integre; ellos están también y esto me entristece.

Me he distraído.

Emerge un murmullo. Mi actitud les exaspera sin duda. No puedo perder tiempo. ¡Voy a explicar!

Alzo los brazos. Me encuentro demagógico. Dejo que cuelguen junto a mis muslos. Los últimos espasmos en la garganta, los últimos en el pulmón cordal; las ingles tensas; me pierdo, rozo, mascullo y me doy cuenta de que la voz no ha salido aún...

—Bien...

¡Ya!

—... quiero deciros...

No es esta la cuestión.

—... mis razones.

Mis razones, las suyas; estoy en desventaja. Las suyas están impregnadas de tradición y esto puede ser decisivo. Pero, ¿qué oigo? El ulular de las bocas que se revuelca en los muros de las casas, que viene hacia mí por el aire resonado y por el eco del templo.

—Os ruego que me escuchéis.

Miento. Deseo que me comprendan desnudamente, sin intermediarios.

—Es preciso que comprendáis...

Miento. Deseo que no se ciernan sobre mí, que me dejen libre el horizonte.

—... que comprendáis, que no es posible convivir...

Ignoro si miento.

El ulular se retuerce, bandea la barriga sonora; pero, ¿qué hacen? ¡Se ríen! Sí, una carcajada rítmica gira por los surcos de mis orejas.

Pero, ¿por qué? ¿Acaso su expresión no es una mueca?

Quiero concentrar mi mirada, pero las caras se sustituyen en líneas, en masas. ¿De quién es ese rostro? Una mujer, un niño, ¿un bigote? Así, pues, ni un niño, ni una mujer. Aquel hombre ha sido visto ya a la izquierda. Noto mis ojos escocidos, peristálticos, ascendentes, descendentes, diestros y siniestros. Los cierro. Ahora la risa pura moja mi cerebro.

No se percibe la Respuesta. La sensación de mí mismo se esfuma. No estoy aquí como ahí; frente a mí se yerguen ellos, la plaza, el obelisco. Percibo que tengo sentido precisamente porque la Respuesta no parece mostrarse; por tanto, no estoy sólo; pero ahora ya no hay esperanza, pues siento que es preciso el desenlace.

Sí, su carcajada girando entre las ramas y los muros, como si, en definitiva, no hubera nacido, al buscar desasosegadamente su propio motivo.

—¡Mandrágora súcuba!

Mis palabras han sido oídas y las risas arrecian con nuevo impulso; estoy tranquilo. Puedo observar. Por un momento miro en picado y zigzagueo el cuerpo. Me aproximo al borde del vacío; con las manos prietas a la piedra, me lanzo de modo ostensible hacia delante; un grito recoge la ilusoria caída.

¡Qué miedo ahora en su sonido!

De nuevo me estatifico. La indignación se manifiesta en voces y ademanes. Algunos se abalanzan hacia el atrio, pero rompen su impulso en amenazas como los demás. Otros, los menos, siguen riendo; poco a poco perciben su disonancia en el conjunto; las tripas, cansadas, impulsan las últimas risas, que llegan hasta mí yacentes. Tal parece un tránsito esperado tiempo atrás. Hacen señas. Quieren que baje.

En efecto, siento que ellos me cubren de sentido, como si, en rigor, hubieran llegado a odiarse de tal forma que fuera preciso trasladar a un punto diverso sus sentimientos. Probablemente quieren suicidarse en mí, justificar de alguna manera que han preferido, a pesar de todo, seguir viviendo.

Sí, ésta ha sido, asimismo, mi elección; pero siento en mí mismo, en este instante de mi tiempo, la necesidad de ser consciente de que vivo, fundamentalmente, sin paliativos, pues percibo en la pura tradi-

ción el sabor de una muerte que quiere ser eternidad; una eternidad realizada en los hombres, que la despojan, minuto a minuto, de su razón. ¿No es esto lo que veo? Una eternidad que grita por permanecer, que se debate en el marasmo de su contingencia.

¿Ante qué estoy, pues? Si es cierto que tan sólo los errores precisan ya una escrupulosa armonización, necesario es lanzarse más allá de lo instituído, donde la vida, lo real, tal vez tenga aún algo que decirme, si no definitivo, al menos ausente de este rígido olor a fenecido. Tal me parece, ya que aquí no existe sino la institucionalización de un gran fracaso.

Insisten. Tengo un presentimiento. Sus rostros se oscurecen en estos momentos del crepúsculo.

¡Tanto tiempo ha transcurrido ya! Tan poco, por tanto, y, sin embargo, percibo en la sombra de sus ademanes el cansancio.

Dentro de poco se encenderán las luces y veré la ciudad por última vez antes de partir; entonces bajaré, cuando de nuevo perciba sus rostros, cuando ellos puedan mirarme, pues intuyo en su tiniebla una desasosegada insidia.

Ululan otra vez. Los ademanes vuelven a violentarse. ¡Me gritan!

Ahora sé que han construido para mí un pedestal invertido, que mira hacia la tierra. ¿Pensaré que me odian, en efecto? Temo que me guste su odio. Probablemente en todo este desarrollo ni siquiera haya surgido una relación. ¿Acaso mi trono inverso se diferencia, en verdad, de un pedestal hacia la altura? ¿No soy ajeno a ambos?

Pero esto no importa demasiado... ¡Qué largo es mi tiempo, qué ancho, qué alto! ¡Qué desdibujado, ahora, cuando voy a ser rechazado!

Dan golpes en el portón. Sin duda no me ven ya. Capto la sensación de un ciclo, que le cuesta romperse. ¿Qué hago en esta cúpula de piedra?

—¡Cuanto antes!

Mi voz ha resonado por la escalera. Al instante siento que las piernas me vibran; tal parece que se extienden y, en la oscuridad, ningún contorno las detiene. A lo lejos se han encendido ya las primeras luces. Veo transmitirse la corriente en las serpientes públicas. Hálitos oscuros se mueven en las calzadas. Pocos, y en todo caso solitarios, son los que andan fuera del sector del suceso. Pienso que tal vez podían estar aquí ocupando mi puesto. Al menos no sienten la necesidad de atenderme.

El neón viene hacia la plaza.

La necesidad... Soy ahora como un bocado en sus estómagos, como una micción, como un insulto en sus gargantas, como una consciencia en su cerebro. ¿No es toda una gama que se complementa y se repele? La necesidad, la única ley que palpita.

Antes de que ignore mis propias piernas... antes... antes...

A tientas, comienzo a bajar. Un resplandor neblea de improviso por la boca de la ojiva; oigo una exclamación. Probablemente están mirando el hueco vacío. Los murmullos, amplificados, me cercan. La luz entenebrecida del templo llega hasta mí ahora. Veo los escalones deformados por el claroscuro. El sonido de la campana me sobresalta. Así, pues, hay alguien abajo. Los golpes de badajo balancean su timbre, que desciende como un torbellino cubierto de muro. En pleno centro me estremezco y deseo atajar mi propia cautela. Bajo de prisa; mis pies se tuercen en ocasiones. Las campanadas son periódicas, lentas. Con los poros tensos llego, al fin, al pasillo encogido que conduce a la nave. Me doy cuenta de que no escucho las voces de la gente; no sé si se han callado o si el sonido de bronce perdura en mis tímpanos con exclusividad. Tropiezo con algo frágil. Lanzo mi brazo y, al tiempo, la campana deja de sonar.

Es un niño con birrete; sus manos aún sujetan la cuerda que asciende por la torre.

—¿Qué es esto, dime?

Pero el niño se zafa y corre hasta desaparecer.

Por un instante me reclino en el muro. Estoy nervioso. La cuerda está ahora en mis manos y el murmullo de la plaza adviene otra vez por los linderos del templo. El ruido me envuelve en este instante y asciende por las columnas, por los vértices, por la cúpula, y baja de nuevo sobre mí, y se extiende, y yo, teñido de un sentimiento tembloroso, acuso los gritos como piedras que rezuman en el cerebro. ¡Vientres, y qué cuervo pretende introducirse en mí! Percibo el soplete de un viento que emana del vacío; el silencio atropellado que, inerte, se esconde entre las voces.

Y bien, ¿hasta cuándo reclinaré mi espalda en los cadáveres? ¿Hasta cuándo dejaré que me nutra una predeterminación que no me conoce, que se filtra por los resquicios de un miedo ni siquiera total? ¿Cómo, si no, dudar todavía en agotar el último polen del suceso?

Me dejo caer aferrado a la cuerda y la campana suena una única nota. Por unos momentos permanezco con el cuerpo relajado y experimento bienestar. La percepción de mí mismo se hace ahora exclusiva. Sin embargo, sé que esto es una ficción. Sé que yo no puedo ser absoluto, porque yo absoluto soy absurdo. ¿Qué ridícula pretensión justifica la reducción a mí mismo de la vida que gira sin tregua? ¿No es este el engaño de una muerte? ¿Y no es, lo absoluto, la pretensión de ese morir?

Ya sé, no puedo evitar que únicamente yo capte el sonido de la campana, el fragor que me llega, la soledad, en suma, de mis sensaciones tal y como yo las percibo. Parece que muerdo mi propia cola.

¡Qué amargo es esto! Pues no creo en un cetro que termina en sí mismo.

Pero no presiento que en forma alguna vivo en el absurdo, sino en un presente inexplicable, que, de una manera burda, me tienta a reclamar la fe o el mismo absurdo, que me paralizan: dos respuestas que pretenden asegurar mi cetro para impregnarme con la mueca de un payaso. ¡No, no!

Mi cuerpo se balancea ahora y la campana tañe perdida. Siento placer, pues el vago sentimiento de que transmito una señal me domina. Ciertamente existe un hálito que emana de los muros de piedra y, sin embargo, ignoro con exactitud el motivo de su permanencia. Tal parece que, en algún sentido, las mismas piedras labradas por los hombres han adquirido el olor de sus manos. Sí, el murmullo que oigo, el sisear de pasos, en modo alguno expresarían la totalidad de su significado, lejos de la obra humana que los cobija.

Varias sombras me llegan con la complicidad de las losas y el temblor de la luz. Ignoro de dónde han surgido. Tal vez hayan entrado mientras estaba en la torre. Un grupo de figuras se asoma por el pasillo para mirar. Permanecen quietas. Tan sólo se lanzan miradas y, de vez en vèz, se hablan. Parecen preguntarse el sentido del toque tan a destiempo, tan entrecortado.

Quiero decirles de alguna manera que su campana tañe por mí, y que eso, en definitiva, no pasa de ser un juego del que todo o nada puede surgir.

¿Estarán rezando simplemente? Suelto la cuerda y me dirijo hacia ellas, pero se apartan, y yo, en cierto modo, las sigo.

Hemos penetrado en la gran nave. Son mujeres; llevan libros en las manos y parecen temblar. Al llegar a los primeros bancos se arrodillan y ocultan sus rostros. Todo indica que ya no existo para ellas. Pienso que la apariencia les pertenece, y que, en rigor, toda curiosidad se desintegra ante una necesidad de defensa.

Me vuelvo hacia el portón y concentro sobre él mi atención. Este es el momento. El murmullo de las ancianas gira a mi espalda; sé que está perdido para mí. Camino.

Sí, este es el momento, como pudo haber sido cualquier otro, en cualquier esquina de mi tiempo.

Al acercarme escucho palpitar mis pulsos, y siento la esterilidad del muro de madera impotente para evitar el desenlace del suceso. Pienso que estoy a punto de alcanzar la cota cero, el principio de todo nacimiento, que tal vez experimentará, asimismo, la sorpresa de su culminación.

Respiro al salir al atrio y por un momento permanezco con las

piernas abiertas, detenido en la penumbra lateral que emanan los salientes.

El crujido de las gargantas me acerca al bullicio. Ahora es cuando los veo. ¡Qué frío estoy!

Bajo las escaleras. Me pregunto si me dejarán pasar. Algunos brazos se agitan airadamente. Impulsos estrechos aparecen por los rincones. Con las manos abiertas, alguien intenta detener la furia y apela a la serenidad.

En modo alguno es conveniente demostrar los sentimientos. Pero, si es cierto que no han sido vulnerados, ¿por qué defenderse ante un devenir?

Se apartan. Presiento que ignoran mi propósito inmediato. Hay desconfianza en las expresiones. ¡Hay dolor!

¿Por qué es esto preciso? ¿Por qué reducirlo todo a un conflicto que no hace sino mermar ambos impulsos? ¿No es el dolor la resistencia de una rigidez vital, o, al menos, no es también eso el dolor?

Atravesaré despacio el camino, pues siento que ni siquiera hay razones para apresurar el dolor construido por el hombre. Experimento ahora la sensación de un vaho criminal y no encuentro culpable. No, no quiero escudarme en la línea de una ética interesada tan sólo en mi adormecimiento, y tengo miedo a la claudicación, pues entonces mi repulsa no tendrá sentido, ni podré volver jamás, porque nunca —descubriré— salí de esto.

No ceso de oír sus gritos, e ignoro si cesan de gritar. Estoy cerca de la calle principal. La luz artificial mantiene a la ciudad matizada de niebla. Me siguen. Quieren, sin duda, cerciorarse. ¡Qué intenso es el calor en la calle enmurecida!

Ahora sí: entre los dedos de mis manos pasa el hedor de los cuerpos, y mi nariz mantiene alerta la ristra de membranas.

Acelero el paso. El camino se quiebra en múltiples recodos. Una parte de la gente me adelanta, para trazar la salida. Paso por un callejón y percibo la longaniza de personas que engorda al desembocar en una calle de ancha calzada. Nadie me ha tocado. Forman a mi alrededor un vacío hermético, pero el fragor acapara todo espacio.

Noto que me desprendo y, en cierto modo, siento que ya no estoy aquí. A cada instante percibo en mi salida que me acerco a ellos con especial intensidad. A menudo he pensado que no hay motivos para estremecerse, fuera de los placeres en los que todavía no se es un obseso, y, sin embargo, me estremezco ahora ante esta multitud que cubre mis poros.

Mis piernas acusan el cansancio; algo vibra, no obstante, en mis nervios, y a cada paso quiebro la resistencia de mi cuerpo. Giro en torno mío; giro hacia arriba, en oblicuo; braceo y giro horizontal-

mente; en mi mente giro alrededor de las cosas, y me encuentro ajeno e íntimo en los estómagos y en las dudas. Me acerco en efecto. ¿O no son aquéllas las afueras?

¿No es curioso? Ahora percibo en sus rostros la condescendencia. Algunos sonríen. ¿Me sonríen? Sus gritos descienden al susurro.

¿Pretenden, acaso, hacerme creer que me rechazo yo mismo?

Miro las piedras de la calzada. ¡Qué deliciosa diablura! Su lepra avanza hacia los confines y esto abre los corazones. Me detengo; observo; se sorprenden; rompo su sonrisa; continúo. Lo que escucho no es una expresión, es un sentimiento, la sensación del dique que revienta guturalmente. Los brazos chasquean al alzarse.

No, esto ni siquiera es una paradoja; siento que vivo la mueca del miedo, la excusa de los malos poetas: la masturbación de las realidades.

Vienen hacia mí; ya no es preciso persistir. Camino con el pecho entrecortado, con el cerebro cubierto de explosiones suaves y extensas. La luz de la ciudad apenas si alumbra ya el último espacio. Mis ojos descansan. El bullicio aumenta. Un mojón blanco señala el límite del territorio.

Lo sé, ahí está, allí están.

Mis pasos son ahora uniformes, continuos. Respiran, gimen. Atravieso el término convencional. Gritan, y el bramar respinga en la desnudez de mis oídos, en el viento nocturno, en el horizonte natural, impreciso, hacia el que sé que me dirijo y no distingo en este instante de la consumación.

He sido rechazado. ¡Aleluia!

Gregorio Bonmatí
Edificio Santa Ana. Apto. 2.º
Mijares a Mercedes
Caracas (Venezuela)